

A PROPÓSITO DE UN LIBRO DE HILARI RAGUER SOBRE LA IGLESIA Y LA GUERRA DE ESPAÑA

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

El benedictino de Montserrat Hilari Raguer (Madrid, 1928), especialista en los aspectos religiosos de la segunda República y de la Guerra civil, acaba de publicar la que seguramente es su versión definitiva sobre las mismas recogiendo y reelaborando sus trabajos anteriores (*). Es una versión sesgada, partidista y falsa que pretende llevar agua a un molino que no da harina como intentaremos demostrar. Sin embargo, estamos seguros de su éxito editorial con lo que se contribuirá a que sigan tergiversándose unos años y unos hechos que si, afortunadamente, ya no pesan como una losa sobre nuestros días, son historia de España, trágica y gloriosa historia de España. Aunque la gloria estuviera donde Raguer no quiere reconocerla. La tragedia, en cambio, estuvo repartida.

El libro lleva un prólogo de Preston, lo que ya en sí no dice nada a favor del libro. Es como todo lo de este historiador, sectario, banal y hasta contradictorio. No vale la pena que nos ocupemos de él aunque podamos asombrarnos de que califique el trabajo del benedictino de "impecable investigación, exquisita imparcialidad, profunda humanidad y elegante lucidez". La investigación es importante pero no impecable y la parcialidad notoria. Lo de la profunda humanidad y la elegante lucidez son dos

(*) *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la guerra civil española (1936-1939)*, Ediciones Península, Barcelona, 2001, 2.ª ed., 478 págs.

sandeces sin sentido. Es totalmente cierto que la Iglesia "apoyó a la causa Nacional en la guerra y legitimó la dictadura que institucionalizó la victoria de la derecha". Y eso fue una constante aunque esa constante no fuera "absoluta", en el sentido de que lo absoluto es el cien por cien. Pero en el modo habitual de hablar bien puede calificarse de absoluto un respaldo del 99,99%. Cifra de adhesión en la que seguramente nos quedamos cortos. Aunque en esa centésima o milésima hubiera algunas personas de prestigio o de solvencia. Y lo de que Andalucía nunca fue conquistada totalmente por la Iglesia es una majadería que sólo puede ocurrírsele a un extranjero con muy escasos conocimientos sobre la realidad española.

El "pluralismo teológico e ideológico del catolicismo español" es otra extrapolación absurda. La unidad era monolítica aunque hubiera algunas, mínimas, voces discordantes. Y lo de que "los religiosos y religiosas que se ocupaban del enfermo, instruían al ignorante, alimentaban al hambriento, vestían al desnudo o visitaban al preso se comportaban de modo subversivo a los ojos de la jerarquía eclesiástica" es de aurora boreal. Ese era el comportamiento habitual de infinidad de congregaciones religiosas sostenidas y bendecidas por la jerarquía. Si a lo que se quiere referir es a algunas dificultades de Palau, Gerard, Gafo o Arbolea la proposición está pésimamente expresada y resulta "absolutamente" falsa. ¿Es necesario nombrar a Molas, Vedruna, Sacramento, Montal, Menni, Oviedo, Mogas, López Vicuña, Sancho de Guerra, Casariego, Ráfols...

Menos mal que Preston reconoce que "el alzamiento de julio de 1936 fue llevado a cabo por conspiradores militares sin motivos religiosos". *Causa finita*. Como si Roma hubiera hablado. Si tenemos que pedir perdón ya no será por el 18 de julio sino, con mucho, por el respaldo posterior al 18 de julio. De eso, al menos, nos hemos librado. También podrían salvarse, si no objetivamente al menos subjetivamente, "muchos de los voluntarios navarros y castellanos del bando nacional (que) creían que luchaban por Dios y por la Iglesia". Pobrecillos, estaban muy equivocados pero así lo creían. Y ello merece alguna indulgencia por aquello de la conciencia individual, aunque errónea. Y, aunque

Preston no lo diga, podríamos incluir en la benevolencia para con los equívocos a los gallegos, a los canarios, a muchos andaluces, a no pocos de los de las Islas Baleares, a vascos, bastantes desde el primer día y muchos otros cuando se liberó el resto de aquellas provincias, a la mayor parte de los aragoneses, a los catalanes que con riesgo cierto de su vida pasaron a Francia para incorporarse a la España nacional, a los asturianos de Oviedo, a bastantes extremeños... Creían, tristes equivocados, que luchaban por Dios y por la Iglesia. Si Preston y Raguer hubieran podido ilustrarles...

Y, por supuesto, en el rizo de la incongruencia, la censura al Papa por llevar a los altares a los mártires —víctimas, dice Preston para ser políticamente correcto— de la guerra civil. “La polémica provocada por el presente movimiento en torno a la beatificación de las víctimas de los *incontrolados* —el eufemismo, subrayado, es de Preston, como si no hubiera debido haber un poder que los controlara—, una resolución polémica ya que implica la parcialidad del Papa (en el texto por supuesto con minúscula) contra las víctimas republicanas de un régimen militar que se proclamó a sí mismo como guardián de los valores católicos”. Todo es un puro dislate. Al “régimen” más que auto-proclamarse lo proclamaron. Notables figuras de la Iglesia, nacionales y extranjeras. Y en cuanto a la parcialidad del Papa al no proclamar mártires a las víctimas del franquismo, que las hubo, y algunas también vilmente asesinadas, sólo podemos decir que la ignorancia de Preston es portentosa. Mártires, tal como puede proclamarlos la Iglesia católica, sólo son aquellos que mueren por odio a la religión. Y así murieron muchísimos en la España republicana y ninguno en la nacional. En ésta, muchos fueron ejecutados por graves crímenes cometidos, y bastantes asesinados, por otros motivos muy distintos. Yo no me opongo a que alguien, evidentemente no el Papa, les proclame, en sentido analógico, mártires del socialismo, del anarquismo, de la República, del comunismo, del libre pensamiento, de la masonería o de la sífilis. Que les proclamen lo que quieran y les hagan las estatuas que juzguen oportuno, aunque quisiera que no fuera con mis impuestos, pero el Papa en eso no pinta nada. Si Preston no lo sabe bueno sería que el monje Raguer se lo explicara.

Comienza su obra el benedictino con un somero análisis de las que juzga obras fundamentales sobre el tema que estudia. Al citar a Montero, al que en medio de alabanzas hace objeto de alguna crítica, le llama obispo de Badajoz, cuando hace algún tiempo que es arzobispo de Mérida-Badajoz. Pero como los conocimientos de que presume y le alaban son de medio siglo antes, pasemos por alto ese desliz. Al hablar de María Luisa Rodríguez Aisa le reprocha, aun elogiando su texto, su identificación con Gomá, lo que, según él, viene a ser con Franco. Con lo que inmediatamente le viene a uno a la mente aquello de la viga y la paja porque no es menor la identificación de Raguer con Vidal y Barraquer. Calvo Serer queda muy malparado y no será yo quien rompa la más mínima lanza por él. Me parece un ser absolutamente mediocre y capaz de cualquier indignidad. Que le defiendan los suyos, si es que hay suyos.

En estas primeras páginas hay un testimonio sobre el canónigo Cardó, importante en el relato, que creemos importante. Cuando, salvada la vida, podía marchar de aquella Barcelona, inundada de sangre de los asesinados y humeante de las iglesias incendiadas, confesó a un amigo que le acompañaba en el barco que partía del puerto barcelonés: "Desengáñate, Albert. Nos habíamos equivocado". Su catalanismo antiespañol le remordía la conciencia ante tanta tragedia. Luego volvió a sus posiciones anteriores pero esa confesión angustiada en unos días trágicos nos parece importante. El mismo Raguer, a quien no le queda más remedio que reconocer ciertos hechos, afirma: "como «Cataluña había triunfado», muchos catalanistas burgueses o simplemente de derechas tenían que huir (si podían)".

El análisis que hace de las guerras civiles, tres en el siglo XIX y una en el XX es simplista, voluntarista y parcial. Y, por tanto, falso. Hubo más guerras civiles que las carlistas. Pero, aun en el caso de que sólo hubieran existido éstas, decir que en las del XX una izquierda generosa trató con "gran generosidad" a la derecha, mientras que en la del XX, en la que triunfó la derecha tuvo un comportamiento muy contrario, causa verdadero asombro. Ya me parece mucho llamar izquierda a los últimos gobiernos de la Reina Gobernadora, pero calificar de tal a Antonio Cánovas del

Castillo habrá, sin duda, conmovido a la izquierda y al mismo Cánovas.

Sigamos con las contradicciones. "En el curso del Concilio Vaticano II, el sector más franquista del episcopado español se mostró anacrónico defensor de la confesionalidad del Estado". Entonces era franquista prácticamente la totalidad de los obispos, incluido el mismo Tarancón. Pero el que va a elegir como representante genuino de la oposición a la libertad religiosa, y no discute la elección porque está bien hecha, fue precisamente al obispo de Canarias, Antonio Pildain, del que el mismo Raguer reconoce que era "vasco, antifranquista y socialmente muy avanzado". Aunque cabría matizar el antifranquismo de entonces del canariense parecen demasiado evidentes otras cosas. La oposición al decreto sobre libertad religiosa no era por franquistas sino por integristas y el *totum revolutum* responde mucho más a una caracterización simplista de buenos y malos, avanzados y reaccionarios, izquierda y derecha, franquistas y demócratas, partidarios de la dictadura y de la libertad, asesinos y bondadosos destinado a que los lectores hagan su opción, determinando previamente cual es la buena.

El gran especialista en cuestiones religiosas de la época sabe muy poco de obispos. Entonces, ¿de qué sabe? Según él, entre ellos, "el integrismo había ganado posiciones al amparo de la Dictadura de Primo de Rivera". Se refiere al integrismo como ideología antiliberal porque como adhesión a las posiciones políticas de Ramón Nocedal apenas existió entre los obispos con algunas excepciones como Lagüera y Casas y Souto. El integrismo era la ideología común del clero y del episcopado español por lo que no se incrementó con la Dictadura sino que permaneció constante. ¿Es necesario citar nombres como los de los cardenales Spínola y Aguirre o de obispos como Lago, López Peláez o Martínez Núñez? Durante la Restauración, el Patronato, "al margen de sus innegables inconvenientes, había tenido al menos la ventaja de que se designaran prelados ciertamente monárquicos, pero isabelinos o alfonsinos". De nuevo asombro y pasmo. ¿Prelados isabelinos designados en la Restauración? Ni uno. "No pocos de ellos eran integristas de formación y corazón, pero te-

nían que contenerse". No se contenían nada. Ni el Gobierno les pedía esas contenciones. Simplemente que no fueran carlistas pues lo de republicanos era impensable. Y que guardaran las formas en sus críticas al Gobierno. Que se lo digan si no a Romanones.

Y a partir de ahora el odio a Segura y sobre todo a Gomá. Que llega a extremos de esperpento. Como, por ejemplo, cuando dice que al primero, Alfonso XIII "lo había sacado de una parroquia de las Hurdes y lo había encumbrado hasta la más alta dignidad eclesiástica de España". Confundir el obispado de Coria, hoy Coria-Cáceres, con una parroquia hurdana parece demasiada confusión. O utilizar una falsedad con evidente mala intención.

El advenimiento de la República fue una alegría para el Vaticano llegando monseñor Tardini a calificarla de *benedetta rivoluzione*, aunque no dejó de suscitar algún temor. ¡Vaya vista la del "astuto" monseñor Tardini! La quema de conventos, a menos de un mes de la proclamación de la República seguramente reduciría sus entusiasmos iniciales. La interpretación benévola de la famosa frase de Azaña, "España ha dejado de ser católica", no descubre ningún Mediterráneo. Pero es que esa frase no fue el catalizador que movilizó al catolicismo español en contra de la República. Sólo fue un factor más y de escasa importancia ante la gravedad de muchos otros sucesos. La reiterada quema de conventos e iglesias, los asesinatos de sacerdotes en la Revolución de 1934, la expulsión de los jesuitas, la secularización de escuelas y cementerios con la retirada del crucifijo de las aulas, las amenazas constantes al clero y a los católicos, el clima de inseguridad reinante... Y tampoco se entiende bien el que, si a Azaña le fue lícito usar esa frase y la de la trituración del ejército para engañar a los más radicales pero sin proponerse la extinción del catolicismo ni la desaparición del Ejército, no pudieran sus adversarios utilizarlas para combatirlo. Ahora, desde la serenidad de un cuarto de estudio pueden analizarse circunstancias conductas y contextos. En plena batalla se recurre a todas las armas al alcance de la mano y no hay tiempo para muchas sutilezas. Yo no sé si tenía verrugas y si éstas eran muy llamativas pero le llamaban "el Verrugas" los que no le tenían gran afecto. Y seguramente era

una pura calumnia la de sus desviaciones sexuales. Pero se las achacaban. Evidentemente para un católico no es lícito cualquier procedimiento para derrotar al adversario. No se puede usar de la mentira y de la calumnia. Pero es que la mayor parte de los católicos que recurrieron a esos procedimientos, subjetivamente no mentían ni calumniaban aunque lo hicieran objetivamente. Les dijo alguien que era así y así lo propalaron. Convencidos de que sería verdad porque en Azaña todo lo malo era posible. Pues lo mismo cabe decir de la famosa frase que, aunque tuviera otro propósito, también fue utilizada por los católicos españoles como arma arrojadiza contra el enemigo. Y decir que Gomá, su odiado Gomá, vino a decir lo mismo cuando lamentaba la falta de convicción católica y la inoperancia e inactividad apostólica de muchos españoles es de traca. De esa constatación pastoral a la desdichada y desafortunada frase media un abismo. Que hiciera mención de ella era hasta obligado dada la personalidad política de quien la profirió. Que lamentara la situación actual comparada con los años de esplendor católico recordados con nostalgia a nadie puede extrañar. Constataba la desvinculación de muchos con la religión que unánimemente profesaron sus mayores. Y lo que en uno fue afirmación tajante y orgullosa en otro era lamento dolorido y acicate de reconquista. Una España muy importante, muy numerosa, seguía siendo católica, orgullosamente católica y de ella iba a dar cumplida muestra muy pocos años después. En los frentes de combate hasta derrotar a la España que había dejado de ser católica y, sobre todo, en las cunetas y en los descampados de España donde dio un ejemplo portentoso, glorioso, diríamos que casi hasta increíble, de su hondo catolicismo. Hay alguna diferencia. Que el régimen nacido de la victoria no satisficiera por entero las expectativas del cardenal al ver en el gérmenes peligrosos de totalitarismo anticristiano por mimetismo hacia sus protectores extranjeros sólo quiere decir que Gomá quería algo más católico y menos nazi. Pero nada más. Era mil veces mejor esa situación para la Iglesia, aunque en el horizonte asomaran negros nubarrones que la de exterminio y holocausto que acababan de superar. Y eso lo sabía perfectamente Gomá.

El epígrafe sobre la actitud de los católicos hacia la República es pésimo. El sectarismo de Raguer le hace falsear los hechos o no se ha enterado de nada. En primer lugar todo español, católico o no, puede legítimamente preferir la monarquía a la república y hacer todo lo legítimo para restaurarla. Como un católico podía, y algunos —Miguel Maura, Niceto Alcalá Zamora...—, lo hicieron, podían preferir la república en días de la monarquía y procurar su instauración. Otra cosa cabría decir sobre su poca vista política al no darse cuenta de lo que esa República podía suponer para el catolicismo. Una vez producido el cambio de régimen la nostalgia monárquica se dio en muy pocos y el nuevo régimen se aceptó por la inmensa mayoría de los católicos animados, además, por las pastorales de los obispos. Que no tenían por qué ser entusiastas. Sólo hubieran demostrado la ceguera de los pastores. Acepto incluso que alguna, concretamente la del primado Segura, fuera inoportuna en sus elogios al régimen caído. No decía nada falso pero en ese momento pudo callar agradecimientos históricos. El gran periódico católico, *El Debate*, acató inmediatamente el poder constituido y embarcó a la gran mayoría católica en el nuevo régimen. Y la mayor parte de los católicos se agrupó en la CEDA que fue un partido republicano. Pero prácticamente al día siguiente de la proclamación comenzaron las agresiones republicanas contra los católicos. No contra los monárquicos, que también, contra los católicos. Y esas agresiones fueron de tal calibre que llegó un momento en el que, hasta por puro instinto de supervivencia, ya no fue posible la paz. Y eso fue así. Los grandes responsables del alzamiento militar del 18 de julio de 1936 no fueron los militares, fueron los republicanos que habían hecho imposible una España para media España.

Yo no voy a defender aquí a José María Gil Robles. Pero achacar su giro antisistema tras la victoria del Frente Popular a un simple deseo de volver al poder perdido me parece una vileza del monje Raguer. Las celebraciones del triunfo "popular" hacían prever a todo el que no estuviera ciego un mañana estremecedor. Pero el benedictino no ve nada. Y así se escribe la historia. Digo que allá las vilezas monacales contra Gil Robles. Me es igual que le tenga simpatía o antipatía. Las que comete con los mártires,

con sus hermanos religiosos asesinados por odio a Cristo y a la religión me parecen de tal indignidad en un sacerdote que le retratan moralmente.

Existían, al parecer, algunos sacerdotes canallas que, olvidados de su sagrado carácter se dedicaron a engañar a unas pobres monjitas haciéndoles creer que aquellas buenas y honradas masas populares, que sólo ansiaban la regeneración moral de los pobres, oprimidos por una absurda monarquía que les chupaba la sangre, en sentido metafórico y en el real, pues para vencer la hemofilia del príncipe de Asturias todos los días se mataba a un obrero para que pudiera beber su sangre, que aquellos obreros que amaban a sus hijos, respetaban a sus mujeres, honraban a los sacerdotes y adoraban a la República estaban persiguiendo a la Iglesia. Y como las monjitas, por definición, eran tontas, se creyeron semejante infamia y en vez de elevar sus puras e ingenuas oraciones a ese Dios bueno que nos había traído, por fin, la República, le tomaron a ésta un odio africano. Y como todo el mundo sabe lo peligrosas que son las monjitas cuando se empeñan en odiar a alguien, engañadas por aquellos esbirros de Satanás, que prostituían su sacerdocio, desencadenaron la catástrofe. ¿Qué tal? Pues muy parecido.

“Algunos sacerdotes inculcaron a los católicos, y en particular a las monjas, una mentalidad de Iglesia perseguida”. Los católicos eran idiotas, y las monjas también, y no pensaban que las iglesias incendiadas, las congregaciones religiosas expulsadas y vejadas, el crucifijo erradicado de las escuelas, los sacerdotes asesinados... eran una persecución a la Iglesia. Tuvieron que venir “algunos sacerdotes” a explicárselo. Y media España que no había dejado de ser católica se lo creyó contra toda evidencia. Parece de broma si no fuera demasiado trágico y demasiado vil.

Y esas pobres monjitas no sólo se lo creyeron sino que se dispusieron, no a armarse, a resistir, a animar a las pocas personas a las que pudieran llegar a sublevarse contra la república, no, se dispusieron simplemente, enamoradamente, al martirio. Sin más, sin una protesta, hasta con la ilusión del encuentro con el Esposo. Raguer, renuente ante toda glorificación de los mártires, sus mártires son otros, cree llevar agua a su molino con el testi-

monio de las tres carmelitas de Guadalajara, las primeras que subieron a los altares de la tierra que en los del cielo ya estaban, al frente de una inmensa procesión de palmas que atravesó las nubes para encontrarse con los brazos amorosos de Jesús. El decreto de Juan Pablo II que reconoció el martirio de aquellas tres pobres mujeres cazadas como alimañas por las calles de Guadalajara estaba equivocado. No fueron víctimas del amor a Cristo sino del odio que profesaban a la República. Bien ejecutadas estaban por enemigas de la Santa república ¡Qué alma más invertida! ¡Qué indignidad de clérigo!

Juzgue el lector de la lógica del entendimiento del monje y, sobre todo, de su solidaridad sacerdotal con las mártires. Una de las tres monjas asesinadas, la hermana Teresa del Niño Jesús, recibe un día una carta de algún pariente que venía encabezada por un "¡Viva la República!". El comentario ya se las trae. "Estas palabras, escritas desde luego con toda naturalidad y sin la menor intención provocativa, reflejan la amplia popularidad que la República tenía al proclamarse". Desconocemos, porque Raguer no lo dice, la fecha de la carta. Suponemos que no sería del 15 de abril de 1931 pues entonces ni "algunos sacerdotes" habían tenido tiempo de aleccionar a las monjas sobre lo mala que era la república ni estas se habrían dado cuenta, en el retiro de su convento, de lo que les esperaba. Si es posterior al 10 de mayo de aquel año ya había dado la República señal de sus bondades con la quema de conventos, algo que a aquellas pobres monjas debió parecerles doblemente espantoso. Primero, por lo que suponía de odio a la religión y, segundo, por la amenaza directa hacia su propia casa, donde habían querido vivir y en la que, normalmente, debieran tranquilamente morir cuando se agotaran sus días. El caso es que la buena monja, *motu proprio* seguramente o tal vez aconsejada por "algunos sacerdotes", que no lo creo, escribe a su familiar: "A tu ¡Viva la República! Contesto con un ¡Viva Cristo Rey! y ojalá pueda un día repetir este viva en la guillotina". Esta respuesta admirable, premonitoria del martirio que le esperaba, aceptado no con resignación sino con júbilo, hace decir a Raguer: "Lo que en este caso, y en el de tantos otros que en los procesos de beatificación se alcanzan,

significaba el “¡Viva Cristo Rey!” era en realidad, “¡Muera la República!”. ¡Qué miserable!

Por último aduce una serie de testimonios del “nacionalcatolicismo” antirrepublicano que demostrarían el odio hacia la nueva institución del catolicismo hispano. Una vez más es un testimonio sesgado que precisa comentario. Y creo que estoy en disposición de hacerlo dada mi amistad con Eugenio Vegas, siendo yo la persona a la que encargó la redacción de sus *Memorias*, que me contaba en largas conversaciones, recogidas en magnetofón, y que yo luego le sometía para las correcciones oportunas. Creo que, muerto recientemente José Luis Vázquez Dodero, sólo queda un superviviente de aquella época, mi queridísimo amigo Eugenio Hernansanz, ejemplar secretario muchísimos años de Don Juan de Borbón y después, hasta su muerte, de Doña María, por lo que seguramente sea yo quien tenga más testimonios de primera mano de lo que fue *Acción Española* y de lo que en su momento significó.

Ya es parcial que los cuatro testimonios que recoge Raguer —Castro Albarrán, Montes, Vigón y Vegas— procedan del mismo sector. Los cuatro estaban empeñados en la misma aventura intelectual y política y lógicamente sus tesis tenían muchas coincidencias. *Acción Española* era monárquica y, por tanto, no cabía buscar en ella simpatías republicanas. Lo que era perfectamente legítimo. Ni políticamente ni católicamente es obligatorio ser republicano. Aunque, política y católicamente se pueda serlo.

El libro de Castro Albarrán era una actualización de la vieja doctrina del derecho a la rebelión frente al tirano. Los ecos del P. Mariana son evidentes. Y hasta es una doctrina más democrática que el acatamiento al poder constituido haga lo que haga tal poder. Que a Vidal y Barraquer, embarcado en una política de conciliación que era y resultó imposible le irritara el libro se comprende. Que Tedeschini y el cardenal de Tarragona no consiguieran la condena de Roma, partidaria también de la conciliación, sólo dice a favor de que las tesis del libro no eran contrarias a la doctrina de la Iglesia.

El apóstrofe de Montes a Gil Robles hay que entenderlo desde la lucha política entre los que querían derribar la República

y quienes la aceptaban. Las masas estaban detrás del jefe de la CEDA y otros las querían en posiciones antirrepublicanas.

El nazismo en 1933 no se había manifestado en todo su horror y despertaba simpatías en muchos sectores. Algunas en *Acción Española*. Pero no fue nunca la revista una publicación nazi. Su hondo catolicismo se lo impedía. Además sus raíces estaban en otros lugares. En ese sentido debe entenderse la frase, por otra parte no demasiado hiriente, de Jorge Vigón.

No voy a entrar en los desengaños monárquicos de Eugenio Vegas, de los que bastante sé. Sólo diré que aun en el trato más íntimo, como el que con él tuve, se percibía mucho más la falta de entusiasmo hacia las personas que la crítica a las mismas. El enorme afecto que profesó a "Don Juanito" le vedaba la crítica aunque a veces se percibiera la tristeza. Y siempre fue antifranquista aunque posiblemente ningún régimen político moderno fuera más próximo a sus ideas. Al menos en cuanto al catolicismo oficialmente profesado que para él era todavía más importante que la monarquía. Su "desengaño" de los Papas creo que no es una expresión acertada. No le gustó la reforma litúrgica: el abandono del latín, creía que "consustancial" expresaba el dogma católico mucho mejor que "de la misma naturaleza", no comulgaba en la mano, lamentaba la pérdida de la sotana... Pero nunca dejó de acudir a su misa diaria, todos los días rezaba el rosario, en mayo el mes de María... Y, sobre todo, no siguió a monseñor Lefebvre, al que conocía y con el que coincidía en muchas de sus opiniones. Siempre fue absolutamente romano, aunque hubiera Papas: el beato Pío IX, san Pío X, con los que sintonizaba más. Curiosamente, sus favoritos hoy están en los altares.

Yo comprendo que si hoy a cualquier español se le dice que hay alguien dispuesto a entrar en La Zarzuela para asesinar al rey o en La Moncloa para hacer lo mismo con Aznar piense que se trata de un loco peligroso. Olvidándonos de ETA pues ese es otro asunto. Y lo mismo si está dispuesto a hacer igual con todos los diputados de la Cámara. Y esto es precisamente lo que busca Ragner. El descrédito de sus adversarios ideológicos sacando los hechos de su contexto. Y ello, históricamente, es reprochable.

El ambiente era irrespirable, los muertos diarios, de asaltos, atracos, incendios, ya ni se hablaba pues eran cosa acostumbrada, la conspiración militar estaba en marcha y media España la esperaba como la única salvación, los balances de la situación que Calvo Sotelo y Gil Robles habían hecho en el Parlamento eran sobrecogedores. Entonces es asesinado Calvo, líder de una minoría parlamentaria. No fue Vegas sino un grupo de oficiales de El Pardo los que querían intentar el magnicidio como única fórmula que ellos entendían salvadora de la patria. Era un sentimiento compartido por muchos aunque hoy, en otras circunstancias, parezca una barbaridad e incluso un acto moralmente reprochable. Vegas se brindó solamente a consultar el propósito con quien él creía, y con razón, que estaba preparando algo de más entidad. El alzamiento.

Lo de los locos es más pintoresco y tampoco se le ocurrió a él. Era un sentimiento generalizado, en media España, que había que terminar, como fuera, con aquella situación de caos. Los días eran tan malos y el abatimiento tanto que todo podía venir a la imaginación. A él le vino lo de la iperita y lo consultó con su amigo Fernando Sanz. Tan buena persona y tan católico que todos le llamaban San Fernando Sanz. Todos estaban de acuerdo en que había que hacer algo, aunque fuera una barbaridad. Eugenio Vegas no desistió de la idea por no comprometer a su hermano Florentino, "y sólo por ello". La idea, que no pasó de eso, era imposible y, además, no hubo horas. Y digo horas, que no días. Sólo hay que consultar las fechas. Instrucciones de que abandonen Madrid y el 18 de julio en Vitoria. Calvo Sotelo había sido asesinado el 13. La ironía de Raguer sobre "sus sentimientos patrióticos y religiosos" no debemos tomarla demasiado en serio porque, por todo lo dicho, y lo que se dirá, esos sentimientos parecen no existir en el benedictino.

También es pintoresco el relato que hace Raguer del alzamiento militar. "Era un secreto a voces que no sorprendió a nadie". Al Gobierno, sí. En otro caso sería culpable de no haberlo abortado. Otra cosa era el descontento generalizado que todos percibían. En cambio, es cierto, con matices, lo que a continuación dice: "Es una visión demasiado simplista la que desde el

lado republicano, entonces y más tarde, quiso presentar el conflicto como una lucha entre el ejército y el pueblo. En ambos bandos hubo ejército y hubo pueblo. La diferencia —decisiva diferencia— estriba en que en el bando de los sublevados los civiles voluntarios o movilizados se integraron disciplinadamente en la estructura militar del ejército profesional, mientras que en la zona republicana los numerosos y excelentes militares profesionales que se mantuvieron fieles a la legalidad vigente tuvieron que disolverse en unas columnas desorganizadas”. Menos mal que reconoce que hubo también pueblo en la zona nacional. Respecto a los militares de la zona republicana, “numerosos y excelentes” —¿no habría ninguno también excelente en la nacional?, la querencia es omnipresente—, habría que distinguir entre los que cordialmente prestaron su adhesión a la república y muchos a los que no les quedó otro remedio porque, no comprometidos con la sublevación aunque estando de corazón con ella, se encontraron en una ratonera de la que les era imposible salir. Alguno, heroicamente, se negó a combatir contra sus amigos y fue fusilado, otros se pasaron en la primera ocasión pero hubo bastantes, su número no se sabrá nunca, que no pudieron abandonar un bando que no era el suyo. Les costó la carrera y a algunos el exilio o la vida. Pero mucho más que mártires de la República lo fueron de las circunstancias. Y a su pesar. No digo yo que entre los nacionales no hubiera alguno que viviera la situación contraria. Pero fueron muchísimos menos.

Tampoco es exacta la consideración de que los sublevados sólo tenían Marruecos y Navarra, que el alzamiento había fracasado y que sólo la intervención extranjera salvó la desesperada situación. Galicia y Castilla la Vieja fueron muy importantes. Y también las capitales andaluzas sublevadas. Y el Norte de Extremadura. Y Zaragoza y Huesca. Y Vitoria... Y, ahora sí, una confesión importante de Raguer: El Alzamiento no se hizo en defensa de la religión. Nadie duda que entre los militares sublevados había católicos convictos y confesos. Pero no hubo profesión explícita de catolicismo en la sublevación. E incluso podríamos señalar algunas reticencias en las relaciones previas de Mola con los carlistas o en el primer bando de Franco. No hostilidad pero

tampoco comunión. Si nos parece acertada la siguiente consideración: "no fueron los sublevados quienes solicitaron la adhesión de la Iglesia, sino que fue ésta la que muy pronto se les entregó en cuerpo y alma". Y la explicación es sencillísima para todo aquel que no esté ciego de prejuicios. En un lugar se les exterminaba, en otro se les respetaba, honraba y apoyaba. La elección no era dudosa. Y, aunque Raguer reconoce que "la Iglesia no había tenido parte como conspiradora en la preparación del alzamiento" como ello desbarata sus tesis enseguida comienza a desbaratar. No conspiró pero "como hemos expuesto en el capítulo dedicado a los años de la República, la mayoría del episcopado y de las derechas católicas tuvieron una gran responsabilidad en la crispación creciente que desembocaría en el conflicto bélico". Tal vez si ellos mismos incendiaran sus propias iglesias y en su mayoría hubiesen colgado los hábitos y se hubiesen amancebado, la crispación hubiera descendido mucho. Y si todos los monárquicos se hubiesen hecho republicanos, los propietarios hubiesen entregado sus propiedades, los católicos hubiesen apostatado, el ejército no hubiese sofocado la sublevación de la Generalitat catalana... Tal vez. Pero ¿no le parece mucho pedir al monje Raguer? Como eso no había ocurrido, acierta cuando afirma: "No es temerario decir que, en el ambiente tenso de la primavera del 36, la casi totalidad de los obispos deseaban una intervención del Ejército que pusiera fin a aquel estado de cosas". Claro que la deseaban. Porque estaban seguros de que, de no producirse, les esperaba lo peor. Y ahora el infundio, el hacer de la anécdota categoría... "Hubo algún eclesiástico próximo a militares que alentaba a los golpistas que pensaban sublevarse". Pues claro que algún sacerdote con un tío o sobrino militar le diría en alguna ocasión: "así no se puede vivir, tenéis que hacer algo". Y como el obispo mártir Irurita, al que el clero separatista catalán nunca aceptó, es con Gomá y Segura la trinidad de lo rechazable, y de la opinión de no pocos parece deducirse hasta alegría por su asesinato, bien podemos echarle sobre sus espaldas algo que pueda disculpar a sus verdugos. Y, si no podemos sobre él, sobre alguien de sus proximidades: "y hasta hubo alguno (eclesiástico) que recogía fondos para los gastos de la preparación

(era el caso de alguien del entorno del obispo Iurita, de Barcelona". La bajeza es notable. Yo no sé si tal clérigo existió. Me cuesta trabajo creerlo, entre otras cosas porque no iba a saber qué hacer con los fondos recogidos pues los militares llevaban su conspiración en absoluto secreto. En Madrid, personalidades importantes de la política no sabían nada de la conspiración o, como mucho, suponían que algo se estaría tramando y un clérigo ignoto de Barcelona, eso sí, del entorno de Iurita, iba por las casas de los ricos, supongo que sería de los ricos, pidiendo dinero para la sublevación militar como quien lo pide para el convento de las adoratrices. Sólo ha faltado decir que hacía la cuestión por encargo expreso del obispo al que el general Goded, con quien conspiraba todos los días, había recabado dinero para la sublevación.

La "gravedad del gesto de Gil Robles", que sí ofreció dinero para la conspiración que suponía, aunque los militares se lo negaban, se encuadra también en el escenario que hemos reflejado y que todo el mundo entiende menos Riquer. El alzamiento era necesario y había que apoyarlo. La paz ya no era posible. O, mejor dicho, ya no había paz. No era que "el partido de los católicos había tratado de entrar en el juego democrático de las elecciones, pero al ver que perdían rompieron la baraja". Entraron, sufrieron mil feos porque dudaban de su adhesión a la República, y cuando la baraja ya estaba rota por los otros y de juego democrático no quedaba ni casi la apariencia, convencidos de que esa República era imposible, al menos con ellos vivos, vieron con inmenso alivio la sublevación militar. Los que la pudieron ver porque a muchos les habían cerrado los ojos definitivamente.

Y no fue sólo que en una España pudiesen vivir y en la otra los matasen. Los católicos vieron desde el primer momento que todas las disposiciones republicanas contrarias a la Iglesia eran derogadas y sustituidas por otras basadas en la doctrina de la Iglesia.

Por todo ello no es de extrañar que los obispos de la zona nacional bendijeran al Ejército y desearan su victoria. En la otra zona, doce de ellos y un administrador apostólico habían sido

asesinados. Raguer da cuenta de los documentos episcopales del año 1936. Reseña veintidós, obra de dieciocho obispos. El primero de ellos, suscrito por los obispos de Vitoria y Pamplona, Múgica y Olaechea, lleva la temprana fecha del 6 de agosto.

No vamos a seguir detalladamente los testimonios de los obispos o de otros eclesiásticos. El clima que se respiraba en la España nacional era de "guerra santa". Lo reconoce el mismo Raguer aunque los calificativos no dejan de ser reveladores: "borrachera de cruzada", "confesionalización de la Guerra Civil", "movilización de las Virgenes" (la frase es de Alvarez Bolado pero el benedictino la recoge encantado)... Era lógico. Y el apoyo de los obispos también. Ya les había llegado la noticia del asesinato de sus hermanos y de miles de sacerdotes.

El capítulo que dedica a la "Actitud inicial del Vaticano" es interesante, confuso y sesgado. Una vez más se prescinde de datos que es necesario manifestar. E importantísimo era el recelo justificado de Pío XI ante nazis y fascistas. Hay que tenerlo en cuenta para entender las cosas como pasaron. Y no cabe duda de que no faltaban en España quienes querían nazificar el alzamiento. También pretensiones excesivas del Gobierno nacional que tropezaban con la tradicional cautela Vaticana. Y, sobre todo, el deseo de Raguer de privar a nuestra guerra del calificativo de Cruzada. Cómo con los obispos españoles no encuentra campo abonado intenta buscar en Roma reservas, cautelas y oposiciones. Con escaso resultado. Y con apostillas típicas y ya tópicas en el benedictino. Así cuando *L'Osservatore romano* denuncia la "salvaje devastación" a la que se entregaban los "comunistas" en la zona roja, lamenta que no distinga entre "las responsabilidades de los gobernantes y las atrocidades de la chusma incontrolada". Sin duda el periódico debía haber informado del siguiente modo: "Las dignísimas autoridades de España, democráticamente elegidas, son objeto de un golpe de Estado llevado a cabo por unos militares facciosos. Una chusma incontrolada está asesinando a cuanto sacerdote encuentra pero ello no debe ir en menoscabo de las dignísimas y democráticas autoridades que tanto sufren ante el doble embate de la chusma asesina y del ejército golpista y también muy asesino".

El discurso de Pío XI en Castelgandolfo a un grupo de refugiados españoles es objeto de un detenido análisis pretendiendo echar agua al fuego. Y el texto de Raguer contiene informaciones interesantes. Casi todas ellas en su línea habitual. Comienza por una disquisición sobre los muertos que es por lo menos pintoresca. Hay cadáveres de primera y de tercera clase. "El de un obispo, un aristócrata, un empresario o un general abultan más que el de un obrero, un campesino o un pobre diablo. Estos, por lo demás, no tenían escapatoria, porque nadie les facilitaba un barco para salir de la zona rebelde y llegar a Roma". Sólo que un obrero o un campesino no eran asesinados por ser tales en la zona rebelde y muchos obreros y campesinos de la zona rebelde se alistaron en las filas rebeldes. Mientras que los obispos, los aristócratas, los empresarios y los generales eran asesinados en la zona roja por ser tales. Y ni que decir tiene que los obreros y campesinos que sí encontraron barcos en Gijón, en Bilbao en Valencia o en Alicante para huir de aquellas ciudades conforme avanzaba el ejército nacional, no huían por ser obreros y campesinos sino por otros motivos, algunos de ellos muy graves. Y no emprenderían rumbo a Roma sino a Moscú. Algo tendenciosillo resulta nuestro monje. Bueno, pues los huidos de la España roja no rojos encontraron en Roma "una gran caja de resonancia" para sus cuitas. Imagen de la que se debe sentir orgulloso pues la utiliza varias veces. Y que es significativa. Porque las tales cajas aumentan los sonidos. Algo así como que lo que debería ser una leve queja por unos cuantos miles de asesinatos se convierte en protesta sonora. ¡Qué desagradable!

Y esto sí que nos parece interesante, el gran cardenal de la paz o de la *pau*, como se quiera, aquel hombre providencial que intentó una conciliación que, a nada que le hubieran apoyado los malvados Gomá, Segura e Iruña, empeñados en la guerra, la hubiera conseguido, iba a presidir la peregrinación de los refugiados de España. Y hete aquí que en aquellos refugiados, que pienso serían catalanes en buena parte pues fueron al fin presididos por los obispos de Tortosa, Vich, Urgel y Cartagena, "era tal la animosidad de la mayoría de los eclesiásticos contra él (Vidal y Barraquer) que el Papa le hizo decir que juzgaba más

prudente que no asistiera". ¡Vaya con el cardenal de la paz! Y eso que aún no habían comenzado las insidiosas campañas franquistas contra él. Estamos en el 14 de septiembre de 1936. Más que paz parece que lo que producía era *odium plebis*. Y nada menos que de una *plebs* sacerdotal en su mayoría.

Las palabras del Papa fueron medidas y cautas y seguramente a algunos les parecerían escasas pero habló "de heroísmos y de martirios; verdaderos martirios en todo el sagrado y glorioso sentido de la palabra", condenó el comunismo y bendijo al ejército de Franco: "Por encima de toda consideración política y mundana, nuestra bendición se dirige de modo especial a cuantos han asumido la difícil y peligrosa misión de defender y restaurar los derechos y el honor de Dios y de la religión, que es tanto como decir los derechos y la dignidad de las conciencias, condición primera y la más sólida de todo bienestar humano y civil". Que deplorara una guerra civil, exhortara al perdón y pidiera que el ejército no se excediera en su acción nos parece propio de su carácter de Vicario de Cristo. Que la propaganda nacional omitiera perdones y rezos para que los asesinos se conviertan no pasa de la anécdota y de las censuras de guerra. La intervención de Vidal para que el Papa no se excediese en su acogida a los refugiados me parece penosa aunque en aquellos días pensara en evitar todo lo que pudiera ser irritar más a los rojos para intentar que no le asesinaran a más de sus sacerdotes. Tarea inútil pues el odio era tanto que no se podía exacerbar más.

La famosa *Carta colectiva* del Episcopado español de 1 de julio de 1937 es tratada exhaustivamente por Raguer. Que da muchísima importancia a algo que nosotros creemos que es cuestión menor: ¿de quién partió la iniciativa de la *Carta*? Porque lo importante es el contenido de la misma y no si la sugirió Franco o no. Hubo unos antecedentes y, ¿cómo no?, no desaprovecha la ocasión para algún puntazo a Goma: "Ante la petición de Franco, desaparecen inmediatamente todas las dudas del cardenal, que se muestra tan propicio ahora a la iniciativa de Franco como antes reacio a las sugerencias del papa o de algunos obispos". La finalidad es clara: inventarse un obispo sometido al poder político y que actúa al margen de Roma. Pero del relato del benedictino no

resulta ninguna desobediencia ni reticencia ante la voluntad del Papa. Las autoridades franquistas querían una condena de Roma a la conducta de los vascos separatistas que, confesándose católicos, colaboraban con el Gobierno rojo. El Papa no quiso intervenir en ello, por las razones que fueran, y dijo que si se quería algo de ese tipo lo hicieran los obispos españoles pero no como una orden sino queriendo quedar al margen. Todo lo demás responde, otra vez, al partido previo tomado por Raguer.

El número de obispos que no firmaron es cuestión interesante que Raguer trata extensamente. Por supuesto que su interés sería el de que fueran muchos los que negaran la firma. A los casos, universalmente conocidos de Múgica y Vidal, añade el del de Menorca, anciano prisionero de los rojos con quien era imposible la comunicación, el de Segura, que por su renuncia de Toledo era obispo español pero no de España y en su misma situación habría otros varios en misiones a los que tampoco se les pidió la firma, si bien en el caso del exprimado no era dudosa su aprobación, y el extraño caso de Irastorza, ausente de España por turbios motivos y con un administrador apostólico nombrado por la Santa Sede para gobernar la mitra de Orihuela, no Orihuela-Alicante que es denominación posterior. Lo de que el obispo de Urgel "casi no firmó" no pasa de ser un deseo de buscar más compañía a Vidal. Porque las cartas se firman o no se firman. Y Guitart la firmó. Las demás cuestiones, su catalanismo, su amistad con Vidal, su renuencia a entrar en la España franquista a la que no vino hasta 1938, la escasa simpatía hacia él de los nacionales... son cuestiones interesantes pero irrelevantes a la firma. Pues dan a ésta mayor importancia ya que, si pese a todo ello, firmó o era un pobre hombre o aceptaba el contenido.

Las reservas al contenido de la *Carta colectiva* que toma de Alvarez Bolado nos parecen de desigual valor y mucho más fáciles de establecer desde la serenidad del historiador que cuando la sangre de los mártires era la tinta con la que se escribía. La "trivialización del conflicto social" nos parece un argumento marxista. La Iglesia hacía lo que podía a favor de los pobres y jamás sostuvo que era derecho y obligación de los ricos explotarles, predicaba la caridad y la justicia y muchísimos pobres estaban

con ella. Pobres eran, y muy pobres, la mayoría de los campesinos navarros que acudieron como un solo hombre a la plaza del castillo de Pamplona. Y lo mismo cabe decir de castellanos y gallegos. Las masas obreras eran otra cuestión. Se habían alejado de la Iglesia porque otros supieron venderles una mercancía a la que ella no supo o no pudo contraponer la doctrina de Cristo. Es un hecho sobre el que se han escrito miles de libros. La guerra española no fue una guerra de los ricos contra los pobres. Y la *Carta colectiva* no era el lugar para escribir la *Rerum novarum* bis. El "problema vasco" que según el jesuita y el benedictino la *Carta* simplificó, fue una vergüenza de unos católicos que antepusieron su nacionalismo a la sangre de sus hermanos. "La falta de sensibilidad para los valores de orden democrático", una broma pesada de los dos sacerdotes ¿Qué valores democráticos había en la zona roja e, incluso, en los últimos días de la República? Las reservas ante las influencias nazis acreditan que los obispos no daban por bueno todo lo que ocurría en la España nacional. Queda, por último, lo de la represión. Siempre me pareció un hecho lamentable que ensombrece la victoria nacional. Creo sinceramente que en muchos casos las ejecuciones de la zona franquista fueron actos de pura justicia para con asesinos sin piedad. Pero hubo otros muchos casos que también fueron verdaderos asesinatos. No se puede matar a una persona porque fuera alcalde o concejal socialista de un pueblo o de una ciudad. O a un militar por no haberse sublevado. Los "paseos" de los primeros días en la zona nacional son tan reprobables como los ocurridos en la zona roja. Pero no hubo un silencio generalizado en una España como lo hubo en la otra. Cita Raguer la alocución del obispo Olaechea: *Ni una gota de sangre de venganza*. Podrían multiplicarse los casos. El obispo de Canarias, Pildain, acabó con los asesinatos en una trágica sima presentándose él mismo ante los ejecutores. El que luego sería cardenal de Santiago, Quiroga Palacios, entonces párroco de Orense fue el protector de muchos que veían sus vidas amenazadas. Y así podríamos multiplicar los casos de eclesiásticos que perdonando a los asesinos de sus hermanos o a los correligionarios de esos asesinos intentaron, y en muchos casos lograron, salvar innumerables vidas. La *Carta*

colectiva reconoció excesos. Y los reprobó. Aunque hay que tener en cuenta que era un documento destinado a dar a conocer al episcopado de todo el mundo la barbarie y el martirio de la zona roja y la legitimidad del esfuerzo nacional para salvar a España del comunismo por lo que se comprende que no hiciera hincapié en otros hechos también trágicos. Lo de la semejanza del lenguaje de la *Carta* con el del discurso de Hitler el 1 de febrero de 1933 para recabar los poderes absolutos no pasa de ser una estupidez de una estúpida alemana.

De Batllori ya he dicho en alguna otra ocasión bastante y no quiero insistir. De Carrasco y Formiguera, un político catalán de tercera división y católico convencido, creo que el estudio de Ragner es lo mejor del libro. Investigó seriamente al personaje y, su proceso y ejecución posterior en la España franquista, me parecen lamentables. Y como nunca he canonizado todas las actuaciones nacionales no tengo el menor reparo en reconocerlo. El juicio sobre el beato Polanco, obispo de Teruel, es mucho más tendencioso. Llamar Ripio a su vicario general, hoy beato con él en los altares, quiero creer que es un error tipográfico. Su asesinato no es que estuviera justificado, era obligado. Publicaba pastorales "incendiarias", financiaba guerrillas contra los rojos, permaneció en Teruel, no para correr la suerte de sus fieles sino para animar la resistencia militar ante los sitiadores... Cuando hecho prisionero se le preguntó si había firmado la *Carta colectiva*, respondió que sí, aunque la encontraba poco enérgica y tardía. Qué benevolencia y mansedumbre la de los republicanos cuando no le fusilaron sobre la marcha. Porque "aquella carta era una evidente incitación a la rebelión". Palabra de honor que es cita literal de Ragner en la página 236. ¡Una incitación a la rebelión cuando ya hacía más de un año que estaba todo rebelado y ya una buena parte reconquistado! Así se escribe la historia...

El capítulo de Luis Lucía no terminó trágicamente como el de Carrasco. Católico como él, su adhesión a la causa republicana el 18 de julio nos parece más un medio de intentar salvar la vida que un convencimiento. Porque sus antecedentes le colocaban inequívocamente en el otro bando. Afortunadamente no fue ejecutado.

Las relaciones del Vaticano con la España nacional se van estrechando. El tema está bien estudiado aunque desde la parcialidad. Los roces se magnifican y los acuerdos se lamentan. Con Antoniutti es claramente reticente. Las grandes figuras para el benedictino son personajes auténticamente de tramoya aunque algunos hubieran tenido algún nombre en otro momento o por otros motivos. A los españoles de hoy, y me refiero a los que tienen un mínimo de estudios, apenas le dirán nada los nombres de Joan Vilar Costa, Leocadio Lobo, José Manuel Gallegos Rocafull, David García Bacca, José María Semprún Gurca, José Bergamín, Angel Ossorio y Gallardo o Ramón Sugranyes de Franch.

Es interesante el estudio de los católicos extranjeros que apoyaron la causa de la República en una actuación mucho más testimonial que efectiva y que no se contraponen con la mucho más mayoritaria de los que respaldaron la causa nacional. Porque la Iglesia estuvo, con contadísimas excepciones con quien tenía que estar. Por mucho que le pese a Raguer.

Los bombardeos de Barcelona, con su secuela aún no fijada definitivamente de víctimas, era cuestión que no iba a ser desaprovechada. Pero la causa roja estaba ya perdida. Y las negociaciones de paz ya eran imposibles. Como el intento republicano de reconciliarse con la Iglesia. Que más bien parecía un sarcasmo. San Manuel de Irujo, al que no le niego catolicismo personal, era verdaderamente el abogado de una causa perdida. Y Salvador Rial, vicario general de Vidal y Barraquer, persona de una eclesialidad indudable, tenía sobre sus espaldas dificultades insuperables. Sobre su actuación suministra Raguer datos interesantes.

También sobre la proscripción de Vidal y Barraquer. Pero el cardenal arzobispo de Tarragona estaba ya amortizado. No voy a negar yo su categoría personal y eclesiástica. La tuvo. Y fracasó. Sus intentos conciliadores, al alimón con Tedeschini, un tipejo de mucha menos categoría, no consiguieron evitar el desastre. Sus motivaciones personales, creo que siempre sinceras y eclesiales, estaban lastradas por el intento de justificar su conducta anterior fracasada. Y por sus recelos, justificados, ante el peligro totalitario y por el miedo a agravar más la suerte de sus sacerdotes, caza-

dos como alimañas en toda Cataluña. Había pasado su hora. No es que el *cardenal de la Paz* hubiera hecho imposible la paz. Es que la paz era imposible. No por culpa de Vidal sino porque era imposible. Su error, por otra parte comprensible, era haberla querido, estar dispuesto para ello a no pocas concesiones y silencios, sin darse cuenta de que eso no iba a conducir a nada.

No había la menor duda de dónde estaban sus simpatías. Los testimonios son irrefutables aunque no proliferen en el libro de Raguér. Nunca fue un cardenal rojo. Su catalanismo es otra cuestión. Pero tampoco era un separatista. Sin embargo, las circunstancias le habían hecho imposible para Cataluña. Los vencedores no le iban a admitir. Y seguramente debieron hacerlo. Porque así como es falsa la imagen del cardenal republicano y conciliador con los rojos, sobre todo después del 18 de julio, difundida por los antifranquistas, también lo es la que desde la España nacional se difundió sobre su persona.

El último capítulo, *La Iglesia de la victoria*, encierra una gran verdad por encima del sarcasmo. Claro que la victoria nacional fue la victoria de la Iglesia. Por una parte dejó de ser exterminada a sangre y fuego. Y estas palabras no son una figura literaria sino el exacto reflejo, que por otra parte se deduce del mismo libro de Raguér, de la realidad vivida. Además fue honrada en las personas de los sacerdotes y de los obispos, los templos incendiados fueron reconstruidos, los seminarios volvieron a llenarse, las procesiones salieron de nuevo a la calle, su doctrina se consideró inspiradora de la legislación nacional... Por supuesto que, como toda realización humana, con imperfecciones. La situación venía condicionada por dos hechos, uno de inmenso peso y, otro, de considerable. El primero fue el salir de una espantosa guerra civil, cruelísima, en la que la sangre había corrido a raudales no ya en las trincheras sino sobre todo en la retaguardia. Por supuesto que hubiera sido deseable un abrazo de perdón entre vencedores y vencidos —Gomá y otros obispos lo reclamaron—, pero los vencedores eran hombres y no ángeles. La represión en muchos casos fue pura justicia. Con los métodos y las soluciones que entonces se consideraban de justicia en todos los países civilizados. En otros fue pura barbarie injustificada e injustificable. La mayor parte de sus

responsables habrán dado ya cuenta a Dios de sus pecados. Y no deben olvidarse circunstancias atenuantes. No es lo mismo la represión nacional de la retaguardia en las zonas en las que triunfó en el primer momento el alzamiento: Castilla, Galicia, Navarra, Canarias..., donde se asesinó al alcalde por el simple hecho de haber sido socialista, que la de aquel joven que llegaba a su pueblo, o que salía de un escondrijo donde pasó muchos meses temiendo por su vida, y se encontraron que su padre, su madre, sus hermanos, sus amigos... habían sido asesinados, en no pocos casos con horribles muertes. Sí, con horribles muertes que fueron mucho más allá de lo horrible que es toda muerte.

El otro hecho que condicionó la victoria, y con aspectos preocupantes, fue el mimetismo de los vencedores, o de una parte significativa de éstos, con los totalitarismos nazifascistas. Que iba mucho más allá que el gesto anecdótico e inofensivo de levantar el brazo. La Iglesia pronto se preocupó por ello. Y no se puede hablar, la mejor prueba es que no se habló, de una Iglesia falangista. No la hubo salvo contadas y pintorescas excepciones como las de un Fermín Izurdiaga, un padre José María de Llanos o un fray Justo Pérez de Urbel. Mirados con gran desconfianza por los obispos. Curiosamente el obispo que se manifestó más falangista fue el joven prelado de Solsona que terminaría sus años eclesiales como cardenal de la Iglesia y paradigma de la ruptura con el sistema: Vicente Enrique y Tarancón.

Lo que es indudable es la inmensa alegría de la Iglesia por la victoria y su identificación con la misma. ¿Qué querían? ¿Tristeza por haber salvado la vida? ¿Pena porque aun hubiera religión en España? ¿Olvido de los mártires? Era demasiado pedir humanamente. Y, sobre todo, era demasiado pedir eclesialmente. El mismo Pío XII felicitó a Franco por la "deseada victoria católica de España". Porque esa fue la realidad por mucho que le pese a Hilario Raguer, benedictino, hermano de los benedictinos asesinados de Montserrat, hermano de los siete mil sacerdotes asesinados de la zona roja. Que concluya el libro con el desdichado párrafo de la Asamblea Conjunta es natural en un sacerdote insolidario con su Iglesia. Con la Iglesia de los mártires y de la victoria. Con la Iglesia de España.